



ALEJANDRO REYES

Cidade do México

ALEJANDRO REYES

Alejandro Reyes Arias nasceu na Cidade do México. É escritor, jornalista, tradutor e activista. Viveu nos Estados Unidos, em França e no Brasil. É mestre em Estudos Latino-Americanos e doutor em Literatura Latino-Americana pela Universidade da Califórnia, Berkeley.

É autor, entre outras obras, dos livros de contos *Vidas de Rua* e *Contos Mexicanos* e do ensaio *Vozes dos Porões*. Em Portugal, publicou *A Rainha do Cine Roma*, finalista do Prémio Leya, romance que foi galardoado, em 2012, com o Prémio Lipp la Brasserie (México/França), pela sua versão em espanhol.

MARIO PUGA

Nasceu em Tepito, o mais popular e duro bairro da Cidade do México. Entre as suas múltiplas actividades, contam-se as de antropólogo, historiador, fotógrafo, desenhador gráfico e cineasta. E a de tepiteño, claro. Participante e fundador de projetos culturais no bairro como «La Peña Morelos» ou «Espacio Cultural Tepito», é também director da oficina de cinema e vídeo «El Rey del Barrio». Participou em vários livros e revistas, entre eles *El Lado Oscuro de Tepito*, *Netamorfosis*, *El Ñero*, *La Enredadera* ou *Desde Tepito*. Participa, desde há seis anos, nos «Programas de Mejoramiento Barrial», recuperando espaços públicos para a comunidade, e propôs a realização do «Mural Más Grande del Mundo» no edifício La Fortaleza, no bairro de Tepito. É o fundador do colectivo cultural Tepito Arte Más Acá, que integra jovens artistas.

LA MAGA Y EL TEPOROCHO

YO FUI EL PRIMERO que lo vi, pero no se lo dije a nadie. Al pasar por el callejón oí un ruido sordo, hoy pienso que debe de haber sido un gemido pero en el momento no pensé nada, sólo me llamó la atención y me acerqué nomás por metiche, caminando entre la basura amontonada, botellas vacías, la peste de un gato muerto hace quién sabe cuántos días. Entonces vi la punta de la bota roja entre el tiradero de cachivaches y porquerías y supe que era él, quién más iba a ser, de todo su atuendo para mí las botas eran lo más galán, después de la máscara, claro está. Rodeé el montón de basura y ahí estaba, tirado con el cuerpo torcido como títere descoyuntado. Lo curioso es que así, en esa posición, se veía menos fuerte, menos imponente. Hasta un poco ridículo, pensé. Tenía una mano sobre el vientre y sólo cuando la miré me di cuenta de que estaba ensangrentada y que un charco tan rojo como su ropa crecía a su alrededor. Me le quedé viendo pasmado, sin atreverme a mover. Sus ojos me miraron como espantados y luego dejaron de mirarme. No es que se cerraran, simplemente se empañaron, dejaron de ver. Entonces se me ocurrió que era un buen momento para quitarle la máscara. Pero no me atreví. Y nunca supe quién era El Vengador.

Me alejé silencioso y escurridizo, sintiéndome como sucio,





como si hubiera hecho algo malo y no quisiera que nadie me descubriera, regresé a la calle por donde venía y me senté en un bote de pintura entre dos puestos de tacos en la otra acera, desde donde podía ver la entrada del callejón, y ahí me quedé pensativo. Al rato alguien gritó y se empezaron a juntar los curiosos y se pusieron a decir las pendejadas que la gente siempre dice en esos casos, que qué lástima, que era un buen tipo, que al contrario, que era un rufián, que seguro estaba metido en algo, que quién sabe quién lo vio quién sabe dónde haciendo quién sabe qué cosa con quién sabe qué banda. Y los chavales, como siempre, se pusieron a hacer chistes. Lo que no sé es si alguien le quitó la máscara, yo mejor me fui para no seguir oyendo estupideces. Estaba enojado.

Qué día, ese. Venía de ver a la Maga. La había estado esperando toda la mañana en la esquina donde ella vendía chicles y yo cargadores y fundas para celulares, pero ella no apareció, así que llegada la tarde me fui a la casa a dejar lo que sobró de mi mercancía y a entregarle el dinero a mi mamá y de ahí a la casa de la Maga. La Maga era como mi hermana, la conocí desde que era una bolita de carne envuelta en un montón de trapos, cuando llegó en brazos de su madre la Lupe y acompañada de su abuela doña Chayito y se instalaron en un espacio minúsculo al fondo de la vecindad. Yo también estaba bien chamaquito, según esto no debería poder recordarlo pero lo recuerdo, quién sabe por qué, las dos mujeres cargando sus bultos ante las miradas curiosas de los vecinos e instalándose en el rincón más pobre de nuestra de por sí paupérrima vecindad¹. Y el teporocho². A él también lo

¹ *Vecindad*, conjunto habitacional típico dos bairros pobres das cidades no México, onde a convivência acontece no pátio central, eixo das trocas sociais. Em Portugal, as *vilas operárias*, em Lisboa, e as *ilhas*, no Porto, são realidades aproximadas. (*Nota do Editor*)

² Beberolas, na gíria mexicana. (*N. do E.*)

recuerdo o pienso que lo recuerdo de aquellos tiempos. Empezó a llegar en las noches, como quien no quiere la cosa, después de que la Lupe salía a trabajar, a comerse el plato de frijoles con tortilla que doña Chayito le preparaba, antes de desaparecer en la oscuridad de las calles. El teporocho se volvió parte de nuestra vida colectiva, al principio los chavos³ más grandes se burlaban de él y se divertían haciéndole diversas maldades, que él aceptaba como si de alguna manera se las mereciera, pero con el tiempo todos nos acostumbramos y hasta le llegamos a tener cierto cariño. Yo personalmente llegué a apreciarlo bastante. Algunas veces, cuando me lo encontraba en la calle y no estaba demasiado borracho, me contaba historias rarísimas que no tenían ningún sentido pero que mucho me divertían. Eso cuando estaba yo solo, porque cuando estaba la Maga él como que se encogía, se iba haciendo chiquito y se alejaba cabizbajo murmurando quién sabe qué cosa. Corría el chisme de que era pariente de doña Chayito, sin que nadie pudiera asegurarlo realmente porque la Chayito no hablaba al respecto. Fuera de eso, nadie sabía nada de él y nadie se preocupaba por saber. Como si hubiera nacido así, harapiento y teporocho, y fuera ese su único destino. Era callado y arisco, y cuando llegaba a la vecindad lo hacía con la mirada clavada en los pies como si se estuviera disculpando por el descaro de seguir existiendo. Yo, que como dije había llegado a apreciarlo, sentía no sé qué cosa al verlo de esa manera, dolor, tristeza, no sé bien explicarlo, aunque tengo que confesar que a veces me daba rabia, mucha rabia. ¡Levanta la cabeza, carajo! Eso pensaba yo, pero nunca se lo dije. Mejor me alejaba deprisa, enojado y algo temeroso, como si la falta de dignidad pudiera ser contagiosa.

La Lupe odiaba al teporocho, nadie sabía por qué y nadie se lo preguntaba porque la mujer tenía un genio del demonio y era

³ Putos, na gíria mexicana. (*N. do E.*)



mejor no meterse con ella. Lo que más recuerdo de ella son sus zapatos de tacón alto. Y eso que cuando llegaron a la vecindad lo que causó una verdadera conmoción fue su belleza combinada con sus minifaldas y sus escotes, a pesar de que para ese entonces ya no era tan joven. Los hombres inventaban cualquier excusa para andar rondando su casa y las mujeres se ponían unas fieras. Recuerdo que en una ocasión la Chola le dio una memorable arrastrada al maestro Epifanio porque lo agarró haciéndole una propuesta indecorosa a la vistosa vecina. Aunque para la Lupe esas propuestas no eran para nada indecorosas: eran parte de su profesión. Trabajaba en la avenida San Pablo, lo sé porque de vez en cuando me daba una vuelta por allá para espiarla, me daba un no sé qué cuando la veía de lejos hablando con algún hombre y luego irse caminando por la calle Roldán, mientras el hombre la seguía a cierta distancia, para meterse en un hotelucho a dos cuadras. Las cosas que me imaginaba, ese es el problema de la infancia, uno tiene demasiada imaginación.

Pero como decía, lo que más recuerdo son sus zapatos de tacón alto, probablemente porque mis primeras impresiones de ella fueron al lado de la Maga, desde bien chiquitos, cuando jugábamos con otros niños a las canicas acucillados en el suelo del patio de la vecindad. La Lupe siempre llegaba cuando menos la esperábamos, y siempre era un susto. Salía puntual al anocheecer pero regresaba en horarios distintos, a veces antes del amanecer, a veces en la tarde, a veces ni siquiera llegaba en dos días. Era la mamá de la Maga pero quien realmente la crió fue doña Chayito, con su paciencia, con sus silencios, con su parsimonioso cariño. Y qué bueno, porque no me imagino lo que sería crecer al lado de la Lupe sin la protección de doña Chayito. Esa mujer infundía pavor, por lo menos en nosotros los niños —como ya dije, en los hombres incendiaba lujuria—. Cuando llegaba borracha, doña Chayito se las ingeniaba para salir al patio como si fuera de casualidad, y nosotros nos escondíamos tras ella mien-

tras se aproximaban amenazadores los zapatos de tacón alto de la Lupe. Nos fulminaba con la mirada y a doña Chayito también, pero no se atrevía a pegarle a la Maga y pasaba de lado a tirarse en la cama a dormir hasta el anochecer.

En la época la Lupe sólo me daba miedo, pero con el pasar de los años me fue provocando curiosidad y una sensación de misterio. Por doña Chayito supe que eran de Michoacán⁴, doña Chayito estaba muy orgullosa de su origen purépecha y tenía muy arraigadas costumbres de pueblo en plena ciudad. La Lupe había estado casada, vivían modestamente en las afueras de Morelia y ella todavía soñaba con ser bailarina. Pero después algo pasó, el marido empezó a beber y perdió la chamba⁵, tuvieron que irse al DF⁶ cuando ella ya estaba embarazada, aquí se terminó separando del marido y se las vieron perrísimas tratando de sobrevivir. No sé dónde fue que la Maga nació ni en qué condiciones, pero poco después aparecieron en nuestra vecindad, la Lupe ya con esa mirada rabiosamente orgullosa que acompañaba, creo yo, su nueva profesión.

Como decía, ese día fui a ver a la Maga a su casa porque no apareció en la esquina donde trabajábamos. Nosotros nos llevábamos, ya lo dije, como si fuéramos hermanos, ella me contaba todo lo que le pasaba por la cabeza, buscaba mi apoyo, mi opinión para ella era como la Biblia, estaba convencida de que yo sabía todo sobre todos los temas. Pero ese día ella había estado muy rara, esquiva, ensimismada, de pésimo humor y con los ojos llorosos, y por más que le di vueltas no pude sacarle nada. Cuando quise abrazarla ella me empujó, me insultó, me dijo que me largara y se encerró en el cuarto con un portazo

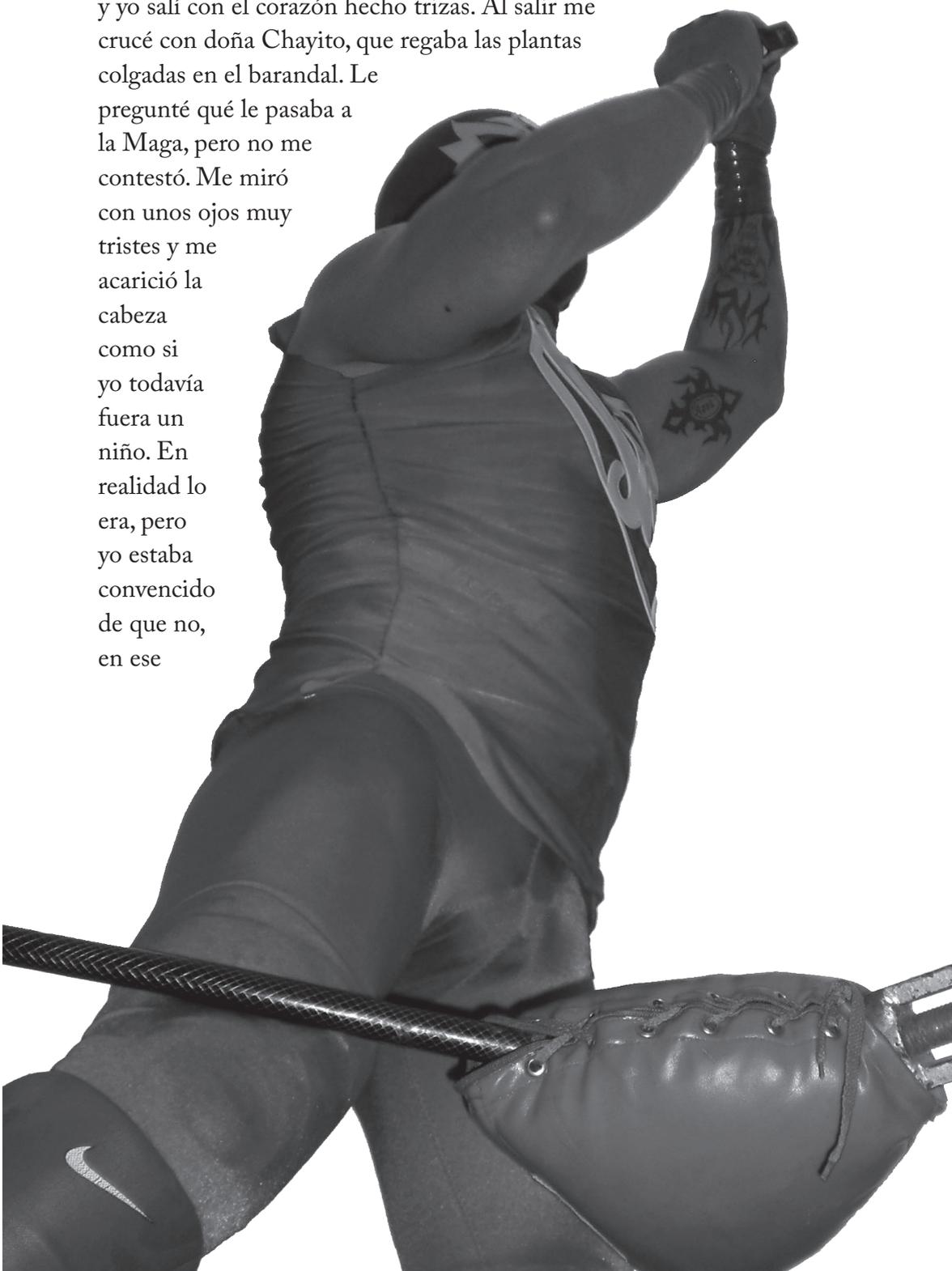
⁴ Estado mexicano, cuya capital é Morelia. (*N. do E.*)

⁵ Trabalho, na gíria mexicana. (*N. do E.*)

⁶ Distrito Federal. (*N. do E.*)



y yo salí con el corazón hecho trizas. Al salir me crucé con doña Chayito, que regaba las plantas colgadas en el barandal. Le pregunté qué le pasaba a la Maga, pero no me contestó. Me miró con unos ojos muy tristes y me acarició la cabeza como si yo todavía fuera un niño. En realidad lo era, pero yo estaba convencido de que no, en ese



entonces me creía mucho porque tenía unos lentes oscuros que mi hermano mayor me regaló y me la pasaba haciendo diabluras en el barrio con los chavos más grandes, aprendiendo a decir groserías y convencido de que era ya prácticamente un adulto. La Maga, en cambio, seguía siendo una chiquilla tierna de trencitas y ojos asustados, y yo me sentía su protector.

Me alejé de la casa de la Maga con un nudo en la garganta y pensando en nuestras vidas, en la violencia de la Lupe, en la tenacidad silenciosa de doña Chayito, en la miseria de esa nuestra vecindad, en la basura y la mugre por todos lados, en los crepúsculos grises en la azotea con la Maga, viendo a los tianguistas⁷ desarmar sus puestos y soñando con una vida distinta, las correrías de todos los chavos por el barrio, las travesuras, las risas, los sueños de todos estrellándose en el muro de la realidad. No quería meterme a mi casa a soportar la televisión a todo volumen y los pleitos de mi tía con mi tío y las quejas de mi mamá, así que me fui a caminar por las calles. Y fue entonces que, a unas cuantas cuabras, me encontré el cuerpo moribundo del Vengador.

Justo yo había ido a ver a la Maga ese día ansioso por saber del Vengador. Hacía ya meses que ella andaba dale y dale con la historia de que él era su padre. El mío era un ratero borracho y violento que nomás llegaba a joderle la vida a mi madre en los intervalos en que no estaba en la cárcel, y yo la verdad no entendía ese afán de la Maga por querer tener padre. Pero a ella se le metió esa obsesión en la cabeza y no había poder humano que la disuadiera. Es mi papá, afirmaba, como si fuera un hecho evidente e incontrovertible. ¿Pero cómo sabes? Sabiéndolo, ¿no ves cómo me mira?, es obvio que es mi papá. Chales⁸. Quién la

⁷ Tendeiro. A palavra *tianguis*, de origem náhuatl, designa, genericamente, os mercados ao ar livre. (*N. do E.*)

⁸ O termo *Chales*, usado frequentemente e sobretudo pelos jovens, pode assu-

iba a convencer de lo contrario. Así que íbamos a verlo cada vez que aparecía por el barrio. A la chamacada⁹ de por sí le encantaba, se había vuelto una especie de leyenda viva, el Vengador invencible. De cuando en cuando se anunciaba la llegada del mítico luchador, se armaba un ring improvisado en la plaza, en realidad bastante rascuache¹⁰ pero en ese entonces no sabíamos gran cosa y se nos hacía lo máximo, nos divertíamos de lo lindo viéndolo descuartizar a los mejores luchadores del barrio y luego erguirse rojo e inmenso contra el cielo cochambroso de nuestra ciudad, levantando los musculosos brazos tatuados y rugiendo en celebración de su triunfo. Y la Maga pues ni se diga. Orgullosísima porque su papá había vencido de nuevo a todos los contrincantes. Conocía todos sus movimientos, sus llaves, sus saltos, sus candados, podía describir cada detalle de la pelea. Pero si es tu papá, ¿por qué no te habla?, me atrevía yo a preguntar. Eso la ponía triste, y luego enojada. Nos abandonó porque mi mamá es insoportable, decía, pero vas a ver, voy a hablar con él y va a regresar. Entonces empezó con esa historia de que iba a hablar con él. Trataba de acercársele después de cada pelea, se metía entre las piernas de la gente y se colocaba hasta enfrente en el camino por donde pasaba el luchador rumbo al *vocho*¹¹ rojo con llamaradas negras en las laterales que lo esperaba en la esquina, pero era tanta gente y tanta conmoción que nunca lograba hablarle. Eso sí, con el tiempo, me fijé que el Vengador la miraba y le sonreía. Bueno, eso parecía porque sus ojos como que se alargaban bajo la máscara. ¡Te lo dije!, saltaba la Maga, ¡te

mir diversos significados, dependiendo do contexto em que é utilizado. Neste caso, significa *caramba*. (N. do E.)

⁹ Grupo de *chamacos* (crianças). (N. do E.)

¹⁰ Grosseiro ou de má qualidade, na gíria mexicana. (N. do E.)

¹¹ *Vochos* é o nome por que são conhecidos popularmente no México os *Volkswagen Carocha*. (N. do E.)

lo dije, es mi papá!

Después descubrimos dónde se quedaba cuando venía al barrio. En realidad quien lo descubrió fui yo. Fue un tendero amigo mío, que vendía películas piratas, quien me contó. Tenía varias del Vengador luchando en diferentes lugares, y nos pusimos a platicar sobre él. Y así salió que su primo, que administraba un hotel en la calle de Allende en la Lagunilla, le reservaba siempre un cuarto en el último piso con vista a la calle. Sin pensarlo se lo conté a la Maga, y entonces ella decidió que iría a verlo. Chin, pa qué fui a abrir mi bocota, pensé. A mí me dio mala espina, mi primo me había contado que cada rato llegaban jovencitas de todas las edades a verlo y me pareció mala onda que los del hotel la vieran a ella con cara de morbo. En realidad no sé por qué no se me ocurrió preocuparme por cosas más graves, estaba ella tan chiquita que no me imaginaba que el Vengador le fuera a hacer algo. Y luego pues yo estaba tan chamaquito, tan verde, que no se me ocurrían esas cosas.

La noche anterior el Vengador volvió a luchar en el barrio e hizo pedazos a la Ráfaga Mortal, al Bárbaro Justiciero y, sorpresa de las sorpresas, al Big Neurosis, invitado especial, que quedó estirado en el suelo con todo y sus quién sabe cuántos kilos. Después de la pelea yo tuve que irme a mi casa a ayudarle a mi mamá a preparar los doscientos tamales que una doña le encargó para la fiesta de quince años de su hija, así que no pude acompañar a la Maga, que se puso de necia que tenía que ir a ver al Vengador a su hotel. Por eso ya no supe qué pasó, y al día siguiente la estuve esperando en la esquina y no llegó y luego la fui a ver a su casa y estaba como energúmeno y me corrió y me fui a caminar por las calles y me encontré al Vengador asesinado en un callejón apestoso.

Y ahora no sabía adónde ir. Tenía que pensar. Y cuando necesito pensar me pongo a caminar. Anduve mucho tiempo por las calles, fui a parar al Zócalo, donde había un plantón de quién

sabe quién contra quién sabe qué cosa, me metí a la catedral, después subí por Tacuba y en Motolinía estuve viendo a los ciegos tocar y cantar. El lugar de la viejita que siempre se quedaba dormida tocando el pandero estaba vacío. Habrá estirado la pata. El mundo seguía su rumbo, el Vengador estaba muerto y la Maga trastornada por alguna razón pero la vida continuaba como si nada. Tenía que hablar con ella, tenía que decirle que el Vengador había muerto antes de que alguien más le contara, tenía que saber qué sucedió la noche anterior. Decidí regresar a la vecindad.

Cuando llegué a su casa me sorprendió mucho que fuera la Lupe quien me abrió la puerta. Pásale, dijo, con una amabilidad que yo no le conocía. La Maga estaba sentada en un sillón viejo al lado de doña Chayito y tenía los ojos llorosos. Me acerqué. El Vengador está muerto, le dije. Ya lo sé, contestó, y entonces me abrazó y se puso a llorar. Sentí su cuerpecito tembloroso apretado contra el mío y entonces pensé que el amor que le tenía era más grande, o diferente, del que se le tiene a una hermana. Así estuvimos un rato y después se apartó, me miró a los ojos y dijo: ¿me perdonas? ¿Cómo crees?, respondí, tratando de sonreír. Quería preguntarle qué había pasado la noche anterior pero ahí estaba doña Chayito y la Lupe, y me limité a mirarla y tratar de descifrar lo que me decían sus ojos. Entonces escuché un ruido a mi izquierda, me volteé y me sorprendió muchísimo ver al teporocho parado a mi lado. No sé por qué, no lo había visto cuando entré. Estaba muy cambiado. Traía un saco muy viejo pero limpio, y no tenía esa cara de perro apaleado con la vista clavada en el suelo. Estaba erguido y me miraba a los ojos. Ya todo está bien, chamaco, me dijo con su voz áspera y me acarició la cabeza. Así me decía siempre, chamaco, como si no tuviera nombre o así me llamara. Ya todo está bien, repitió. Yo no supe qué decir y nomás me le quedé viendo. Siéntate, me dijo la Lupe. ¿Quieres un vaso con agua? No, gracias, contesté. Aquí todo mundo se volvió loco,



pensé. ¿Desde cuándo la Lupe trata a la gente con tanta cordialidad? Después se acercó y, para mi sorpresa, abrazó al teporocho. Doña Chayito observaba en silencio y sus ojos brillaban distinto, con una alegría dolorosa que no se reflejaba en su rostro, que como siempre permanecía insondable. Entonces oímos ruidos afuera, voces hablando alto, y luego alguien golpeó la puerta con violencia. Nos miramos entre nosotros, la Maga se tapó la cara, la Lupe besó al teporocho y fue a abrir la puerta. Entraron dos policías. Usted, le gritó uno de ellos al teporocho, ¡acompañenos! Éste sonrió, como si la orden fuera un honor y un privilegio, y se irguió aún más derecho. Le tomó las manos a la Maga y le dijo: pórtate bien. Ella no dijo nada, el llanto no la dejaba. Y tú, chamaco, me dijo, cuídala mucho. Después le dio un beso en la frente a doña Chayito y uno en la boca a la Lupe y salió con los dos policías sin voltear atrás.

Alejandro Reyes